

Jorge Grubissich

El misterio de la casa paralela

Dibujos de Federico Geller



1

Nunca supimos cómo se producía el cambio, aunque imaginamos montones de posibilidades, cualquier cantidad de explicaciones. La idea que más nos convenció, porque resultó la menos desesperante, fue que por algún sofisticado mecanismo un pedazo enorme de pared se adelantaba, separándose del resto de la casa, y se deslizaba hacia un costado haciendo aparecer una gran puerta, al mismo tiempo que tapaba otra puerta idéntica. De ese modo se nos hizo más fácil asumir que no se trataba de una sola casa, sino de dos. Pero si esto suena confuso (y los cincuenta planos que hicimos le sirvieron a papá para estrenar el primer bibliorato), la realidad misma fue lo que se enredó hasta volverse inaceptable. Por el momento, solo puedo decir que el que mirara ese lado de la casa vería una sola puerta, y estaría seguro de que era siempre la misma puerta. A veces, era cierto, podía ser la misma puerta, y la misma ventana (porque del otro lado de la casa había una pequeña ventana, una única ventana), pero a veces no. Desde afuera no había manera de saberlo.

La cuestión es que en medio de ese amplia y añosa arboleda había una antigua casa, que parecía normal, y otra casa más, una casa invisible, o mejor: inimaginable. Una casa paralela. Cada una tenía su puerta; sus habitaciones, su ventana. Cuál era la casa verdadera y cuál la casa paralela era una pregunta que según papá no tenía sentido: las dos eran perfectamente reales.

Nada hacía pensar que una había sido construida primero, y la otra después. El salón secreto que las dos casas tenían en común, y que justificó toda esta investigación, más bien sugería que habían sido levantadas al mismo tiempo, por algún misterioso arquitecto que sabía que en algún punto, para otras geometrías diferentes de la habitual, las paralelas se juntan.

Pero las dos casas no estaban pegadas: entre ambas había un raro pasadizo que descubrimos cierta noche interminable, y que nos permitió pasar de la casa de la derecha, por llamarla de algún modo, a la casa de la izquierda. Habría sido más fácil tirarse de cabeza en una pileta vacía. Porque si todo el pueblo estaba seguro de que ahí había una sola casa, y solo el papá de Jazmín, que es constructor, llegó a admitir que la casa era tan grande que en su lugar podrían entrar dos casas, solo papá y yo, que las recorrimos, supimos que eran dos casas iguales. O en el fondo no tan iguales, porque aunque se parecieran en todo, no compartían el mismo tiempo: las dos casas existían en dos tiempos distintos.

2

La historia, que papá me autorizó a escribir pero a condición de no mostrarla hasta el día en que Tomasito se aburriera de vivir tantos años, empezó de una manera bastante absurda. Papá no salía de su asombro.

—Pero entonces... ese ser querido que usted supone que fue secuestrado es... su tortuga... Quiero decir, su tortugo, ¿no?

—Sí, le hablaba de Tomasito, don Ireneo.

—Yo creí que se trataba de su marido...

—No, don Ireneo. Soy viuda, como usted...

Papá retrocedió instintivamente en su sillón. De todos modos, llegado el caso, no tenía mucho espacio para escapar. Su oficina tenía un escritorio, una única silla para los clientes, una estantería con varios biblioratos parados (con las tapas estratégicamente separadas, nadie podía imaginar que estaban vacíos), un enorme archivero (tan vacío como los biblioratos) y su sillón fabuloso, lo único comprado por él, en cuarenta y ocho cuotas sin interés. Siempre había soñado con ser detective, como Hércules Poirot, o el Comisario Maigret, o Sherlock Holmes, o Pepe Carvalho, o Philip Marlowe; sobre todo Philip Marlowe. Yo sabía que él era el culpable de que mi nombre fuera Felipe. Pero las ilusiones de papá no terminaban en la biblioteca, porque los viernes a la noche, en la tele, daban Columbo. Esa era noche de pizza, siempre la misma, siempre la

mejor: a la piedra, mitad jamón y morrones y mitad napolitana. Un porroncito de cerveza para él y una coca de dos litros para mí. Y si el capítulo era repetido parecía que le gustaba más, porque todo el tiempo encontraba detalles nuevos, con una alegría que a mí, que tengo once años, me parecía infantil.

—Bueno, usted dice que Tomasito... —papá había abierto una libretita, y tomaba datos muy seriamente, quizás para no tener que mirar a los ojos a su interlocutora— estaba en un patio cerrado...

—Sí, estaba persiguiendo a Compota, la gata de doña Inés. Doña Inés, la panadera, donde usted compra el pan...

—Sí, sí —papá tenía ganas de agarrarse la cabeza, pero hasta para eso le faltaban fuerzas, de tan abatido que estaba, y tenía miedo de que su flamante clienta se ofendiera—. Y usted lo llevó para que jugara con la gata, me imagino...

—Yo sabía que usted iba a entender —dijo doña Miriam, y suspiró—. Todos lo admiramos en el barrio, don Ireneo, desde que era policía. Le quedaba tan bien el uniforme...

—Supongo que el gato no tiene nada que ver con el suceso...

—La gata... Compota. Tomasito la perseguía para morderle la cola: llegaba hasta la cola, la gata se corría unos metros, y él volvía a acercarse... Así podían estar horas.

—Apasionante...

Además tenía una cafetera en su oficina. Creía que tomando mucho café se iba a parecer un poco más a Philip Marlowe, que parece que desayunaba café negro y cigarrillos negros. Él no fumaba, pero tomaba mucho café, y además sin azúcar. Tenía grabadas varias películas viejísimas con ese detective; decía que el mejor era Robert Mitchum y hasta le copiaba algunos gestos; sin darse cuenta, me imagino. En realidad, le habría convenido imitar a Humphrey Bogart, que también hacía de

Marlowe en otra película, porque dicen que era bajito, y papá es más bien petiso. Eso sí, hasta ese momento nunca apareció por su oficina una clienta como esas actrices de las películas, vestidas de negro, fumando en boquilla. Si alguna así se había acercado, seguramente al ver tanto polvo prefirió contratar a un detective menos competente, pero más pulcro. Parecía que hacía un buen rato que el presupuesto no permitía pagar a la señora que limpiaba las oficinas.

—Usted no perdió de vista nunca al bichito, ¿no?

—¿A Tomasito? Apenas un momento. Pero no puede haberse ido a ningún lado... ¡Ay, tienen que haberlo secuestrado!

—Es una posibilidad, doña Miriam, pero no se angustie. Un colega mío, un tal Holmes, prefería empezar por lo imposible. También puede haberse desmaterializado...

Doña Miriam abrió grandes los ojos, estremecida, jamás había evaluado esa siniestra posibilidad. Aunque papá se había cruzado de brazos y hacía fuerzas para no sonreír, ni en sus sueños más delirantes se habría imaginado adónde nos llevaría la búsqueda del animalito.

La investigación empezó donde suelen empezar todas: en la escena del crimen. Tanto doña Miriam como doña Inés estaban muy compenetradas con los movimientos del detective, y lo seguían a todos lados. A mí, afortunadamente, no me prestaban la más mínima atención. Incluso, cuando papá pidió pasar al pequeño patio de aire y luz donde había tenido lugar la desmaterialización (porque oficialmente esa alternativa aún no había sido descartada), ellas fueron detrás. Recién al encontrarse arrinconado, con tanta posibilidad de escapatoria como Tomasito, papá pidió ayuda, fingiendo que reclamaba mi presencia como asistente, con un alarido desesperado.

—¡Felipeeee!!

Solo después de escabullirme trabajosamente entre las dos enormes mujeres, estas repararon en mi presencia y retrocedieron, saliendo de una especie de trance. Todo un ganador, papá. Le alcancé la valija, me quedé a su lado, como un custodio.

—Por favor, señoras —dijo papá, más aliviado—. Esperen afuera, tenemos que hacer varios estudios del terreno. Y cierren la puerta balcón.

El patio medía dos metros por tres, con altos muros en los cuatro costados. En uno de ellos estaban las ventanas de los dos pisos que se levantaban sobre la planta baja donde vivía la panadera, ambas escondidas detrás de idénticas persianas

metálicas que parecían no haberse abierto jamás. En el suelo, una rejilla importante, por la que seguramente una tortuga podría haber entrado, pero estaba atornillada al piso, y el examen que hizo papá (provisto de su gran lupa, solo le faltaba el sombrerito) probó que hacía mucho que no había sido removida. No había ningún modo de que un animalito, sobre todo un tortugo, encontrara el modo de escaparse de allí. Papá dio unos golpecitos en el vidrio.



—Quisiera hablar con... —abrió la libretita donde había consignado los datos fundamentales—, o mejor dicho, ver a Compota.

—¿Usted cree que puede estar relacionada? —preguntó la panadera, aprensivamente.

—Es un testigo presencial —dijo papá, con una cara de póquer que me maravilló.

Desde luego, la gata no brindó ninguna información que permitiera avanzar en las pesquisas. Demostró una notable sociabilidad, porque se trepó a las piernas de papá, a las mías,

como si evidentemente su intención fuera la de pararse en dos patas y salir caminando como un humano cualquiera. También se paró sirviéndose de la pared de las ventanas, y se quedó mirando fijamente hacia arriba, vaya a saber por qué. Pero sirvió para que papá prestara atención a las dos ventanas cerradas y sobre todo a la moldura de la cima, detrás de la cual, obviamente, debía estar el techo.

La primera hipótesis, la de la desmaterialización, quedó descartada. Una vez arriba, sobre el filo del viejo revoque de la cornisa, estaba el mínimo pero perceptible surco, sin dudas muy reciente, que había producido una tanza, o más probablemente un alambre, al rozar con algo pesado en su extremo, a lo largo de tres pisos, sobre el gastado material.